rocas, y la hace pedazos. Asíme de una tabla, y fuí arrojada de un golpe sobre una isleta.

Absorta estuve allí la mayor parte del dia, y al punto que queria emboscarme, divisé este navío que daba muestras de pasar por frente de ella. Cuando lo ví á poca distancia, dí voces, fuéron atendidas, y yo amorosamente recogida. Dios recompense vuestra noble compasion, generoso capitan, así como yo se lo pido con toda la sinceridad de mi corazon.

Teodoria
37

LIBRO VII.

En el obscuro centro del reyno de las tinieblas hay un palacio lóbrego y asombroso, donde tiene su morada el inexorable Pluton. Está continuamente sobre su trono de lúgubre ébano, infundiendo espantoso horror con sus ojos amenazadores á cuantos tienen la desgracia de verlo. Un horrible silencio reyna de continuo en aquella tene-

brosa estancia, y las sombras, á manera de aves nocturnas, van revoloteando por ella sin intermision. Allí fué donde la Desesperacion, bramando de corage, por ver á Valdemaro, tan léjos de seguir sus abominables máximas, como dispuesto á poner en práctica los saludables consejos de Andrónico, acudió acompañada de la rabia y del furor á quejarse de esta suerte.

¿ Es posible, poderoso rey, que sufrais tanta osadía en un jóven, tan débil como Valdemaro? Valde-

maro, ese príncipe que tantas veces ha estado ya resuelto á rendir su cerviz á mi respeto, ¿es posible que vaya despreciando mis máximas, y oponiéndose atrevidamente á mis órdenes? Vos que lo veis y lo sabeis todo, ¿podréis sufrirlo? Yo siempre fiel en egecutar vuestros mandatos, no he omitido diligencia alguna de cuantas me han parecido á propósito para seducirlo, y hacerle ofrecer su vida en mis aras. Despues del primer naufragio, á que le condujo vuestro hermano

Neptuno, pude conseguir que se resolviera á precipitarse en la profundidad de una sima; pero aquel viejo fatal, aquel Andrónico que se le apareció de improviso, me lo arrebató de entre los brazos.

Aunque con este primer golpe quedé bastantemente aturdida, no por eso me rendí, ántes cobrando mayor esfuerzo, procuré en la siguiente noche proponerle mil géneros de muerte, para que eligiese la que le pareciera ménos terrible: pero ¡triste de mí! cuando

yo iba guiándole los pasos hácia la cumbre de un monte, para que desde allí se despeñara, apareció segunda vez mi antiguo enemigo, y le impidió una resolucion que me era tan agradable. Cuan grande fué mi dolor entónces, no hay necesidad de ponderarlo, cuando vos mismo fuisteis testigo de las lágrimas que vertiéron mis ojos, y de los alaridos con que hize resonar vuestro palacio.

Pero lo que mas me atormenta, es el considerar que del todo ha cerrado

ya su corazon á mis máximas, y que léjos de precipitarse hácia su perdicion, va de cada dia mas acercándose al templo de la gloria. El hallazgo de su hermana le ha infundido un valor incontrastable; y los presagios de Alberto... ¡Ay de mí triste! Estoy corrida, de que un débil jóven haya prevalecido sobre la Desesperacion.

No sé qué oculta violencia tienen las palabras del viejo Andrónico, respondió Pluton, que han sido capaces de arrebataros

tantas veces la víctima que iba á ofrecerse en vuestras aras; pero yo procuraré separarlo de su compañía, y meterlo en un laberinto, de donde tal vez no podrá encontrar salida. Valdemaro jamas ha esperimentado los encantadores halagos de Vénus, ni su corazon se ha visto herido de las violentas flechas de Cupido: yo lo desprenderé de la nave, y lo conduciré al palacio de Felisinda: podrá ser que las caricias tiernas de esta, y el dulce veneno que derramará

sobre su corazon la bella hija de mi hermano Júpiter, le detengan para siempre, y no le dejen llegar jamas á Dinamarca. Tentemos este medio, y esperemos sus resultas. — Con estas lisonjeras esperanzas se suavizó algun tanto el seño de la Desesperacion, y se retiró mas consolada á su estancia.

No tardó mucho á esperimentarse en la nave el influjo fatal de esta consulta. Luego se sintió Valdemaro arrebatar de una alegría estravagante: sus movimientos sus pala-

bras, sus acciones todas iban acompañadas de una risa intempestiva, mas propia de un necio villano, que de un príncipe prudente. Todos se admiráron de tan improvisa mudanza, pero mucho mas que todos se maravilló Andrónico, llegando á entristecerse interiormente, por parecerle, que solo podria servir de abrirle el paso para su ruina.

Habia calmado el viento de suerte, que la nave apénas podia moverse, y Valdemaro, pareciéndole estrecho el ámbito del

buque para encerrar su desmesurada alegría, mandó arrojar el esquife al agua, para divertirse con otros caballeros jóvenes. Hiciéronlo en efecto, y tomando cada uno un remo, comenzáron á romper el agua, para seguir con velocidad el rumbo que les señalaba su gusto. Iban girando alegres por una y otra parte, cuando advirtiendo en la vecina playa una multitud de gente que marchaba al compas de músicos instrumentos, se enderezáron hácia ella, provocados de la cu-

riosidad. Apénas llegáron á distancia proporcionada, dejan los remos, y se paran á ver el alegre espectáculo que se ofrecia.

Un vallado de mimbres, fuertemente entretegidos con la madreselva, y diferentes ramas de árboles, impedian la entrada á un espacioso circo, que se formaba en medio de la playa. Varios hermosos arcos dispuestos á proporcion, servian de apoyo á una especie de bóveda labrada de enredaderas, mirtos y otros floridos ramos, que al tiempo que

ofrecian una hermosísima vista, embarazaban el paso á los rayos del sol. Una ayrosa gradería, poblada de numeroso concurso, rodeaba el circo, en el cual se iban sucediendo varias suertes de juegos y de danzas.

No se satisfacia la curiosidad de Valdemaro ni de sus compañeros en ver de léjos tan agradable espectáculo, y queriendo disfrutarlo de cerca, impelen otra vez el esquife, déjanlo encallado en la arena, y desembarcan. Apénas lo advierte el con-

curso, avisa al director de la funcion, y manda que se suspenda. Sale á recibirlos un anciano personage, acompañado de alguna gente, y les dice con urbanidad: si acaso venis, ó estrangeros, á solemnizar las bodas del pastor Milon y su amable Ana, seais llegados en hora buena, que todos os recibirémos con aquel agrado que merece vuestra noble presencia. Aquí podeis egercitar sin embarazo vuestras fuerzas, ó vuestras habilidades, que en tan solemne dia, á to-

dos se permite un inocente desahogo. Nosotros, amable anciano, respondió Valdemaro, solo con el fin de solazarnos partimos de nuestro navío, que no está muy distante. Advertimos de léjos esta funcion alegre, y traidos de la novedad hemos venido á disfrutarla. Ya que nos haceis el honor de admitirnos tan benignamente, contribuirémos con nuestra presencia á lo ménos á festejar á los felices novios. Venid pues conmigo, generosos caballeros, respondió el viejo, y solem-

nizad nuestra fiesta de la suerte que quisiereis.

Con esto los condujo al circo, y les dió asiento junto á un hermoso pabellon, donde estaban los novios estremadamente bellos y ataviados. Apénas estuvo todo en órden otra vez, se abre de nuevo la funcion con una música de rústicos, pero alegres instrumentos, y al instante se presenta una tropilla de niñas bellas y agraciadas con sonajas en las manos. Ceñíanles la frente unas coronas de diferentes y hermosísimas

flores, entretegidas con tan nueva y maravillosa disposicion, que el gusto mas delicado no sabia decidir de la preferencia entre naturaleza y arte. Un finísimo y delicado cendal con graciosos pliegues les cubria hasta la cintura, de la cual pendian unas faldas de ligera tela, matizada de varios colores. Tan bizarramente aderezadas, hacen reverencia á los novios, y dan principio á la alegre danza. La graciosa agilidad de los movimientos, la invencion de las mudanzas, la mo-

desta gracia de las posturas, y el alegre compas que las regia, tenian embelesado al concurso.

Mal contentos con este delicado placer los fogosos espíritus de los jóvenes, se disponen para la lucha. Dejáron grabadas sus espaldas en la arena cuantos osáron competir con Mirtilo, gallardamente robusto y arrogante. Su vigor, su agilidad, su robustez y esfuerzo le hacian invencible á todos los mancebos de la comarca, y con gentil desenfado paseaba el circo muy satisfecho

de su valor. Entónces fué cuando Valdemaro, no pudiendo sufrir tanta arrogancia en un jóven que tenia esperanza de vencer, pide permiso para combatir. El director hace vanidad de concedérselo, los novios cobran nuevo gusto, y el campo se ensoberbece, viéndose ocupar de un jóven, cuya bizarra gallardía formaba las delicias de los espectadores. Enlaza sus forzudos brazos con los de Mirtilo, estréchanse pecho á pecho, descubren sus dilatadas espaldas y robustos nervios,

y se mantienen inmobles largo espacio, forcejando vigorosamente sin poder derribarse. Suspenso de un profundo silencio estaba todo el concurso, mirando el esfuerzo de los combatientes: la fuerza, el valor y la destreza que parecian iguales, no permitian saber, á favor de quien se declararia la victoria; pero cuando presumian que Valdemaro, por ser de juventud mas delicada y robustez ménos vigorosa, habia de quedar oprimido por el valor de Mirtilo, ven que levantándolo en

el ayre con esfuerzo hasta entónces nunca visto, lo derriba valerosamente, y lo deja tendido sobre la arena.

Todavía resonaban por el ayre los vítores con que aclamaban á Valdemaro, cuando se presenta un mancebo de singular habilidad, á quien todos los que osaban competirle en la esgrima, iban cediéndole la palma; pero sin embargo quiso probarlo Valdemaro, no sin esperanza de vencerle. Toma la espada, y se traba el combate. La gentil y agra-

ciada postura de Valdemaro, el ayre con que acometia y se retiraba á su tiempo, la destreza con que reparaba el golpe y hurtaba el cuerpo, el gracioso denuedo en cortar de tajo y reves, y la maestría en ofender y defenderse, hiciéron dar en vago todos los golpes del contrario, y que se confesase vencido.

Para templar el violento placer que producia la vista de estos espectáculos, se substituyó otro mas dulce y agradable. Ofrécese un coro de don-

cellas, en quienes la juventud, la hermosura, la delicadeza y las gracias mas hechiceras brillaban á competencia. Su largo y undoso ropage, los cabellos anudados atras con graciosa negligencia, la corona de laurel que les enredaba las sienes, y el gentil garbo que las acompañaba, sorprendiéron dulcemente los ánimos de los concurrentes. Al compas de los músicos instrumentos que tañian unas, comenzáron á cantar otras un galante epitalamio en ho-

nor de los novios; pero con aquella dulzura, con aquel mágico atractivo que roba las almas, y las arrebata en una gustosísima suspension.

Valdemaro y los caballeros que le acompañaban, embelesados en aquella agradable sucesion de divertimientos, no sabian apartarse de tan delicioso recinto. Cerraba ya la noche, y para substituir la luz del dia, iban encendiendo de trecho en trecho varias rajas de tea; mas no por esto pensaban en partirse, imaginando

que para volver al navío que habian dejado tan cerca, no era menester apresurarse. Con este pensamiento permaneciéron todo el tiempo que tardó á concluirse la funcion.

Conclúyese; pero he aquí que inadvertidamente se desvía cada uno por su parte entre el tumulto de la gente. Valdemaro cumplimentado por el director de las fiestas, por los novios y otros sugetos particulares que se le habian aficionado, se entretiene á conversar con ellos. Sus compañeros iban bus-

cándose ansiosos mutuamente, pero sin provecho, porque la obscuridad de la noche, la inmensidad de la playa, y el gentío inumerable que la ocupaba, hacian mas dificultoso el hallazgo. Cada uno por su parte, pensando que los demas estarian aguardándole en el parage donde habian dejado encallada la lancha, acudia ansioso; pero como no divisaba persona alguna, se volvia otra vez á sus infructuosas diligencias.

En este tiempo se despide Valdemaro de los no-

vios y demas personas que le habian obsequiado, y parte para embarcarse. Llega al sitio donde presumió encontrar ya prevenidos sus compañeros, recórrelo todo con esquisita diligencia, llama, vocea, grita repetidas veces, pero nadie le responde, ni descubre cosa alguna. ¡Que terrible alternativa de discursos forma en tan triste situacion! Pensaba que sus compañeros le habian hecho traicion, marchando en la lancha, y dejándolo á él solo en la playa sin recurso; pero no

se atrevia á rezelar traicion alguna de caballeros de tan distinguida nobleza. Ya creia, que aquel no era el parage donde habian desembarcado, ya le parecia ser el mismo. Tendia la vista hácia la mar, y aunque no podia descubrir el navío que habia dejado, se figuraba verlo, y aun imaginaba oir el rumor de la tripulacion, y las voces de Andrónico y de su hermana.

Con este nuevo engaño, vuelve cuidadoso á reconocer la costa, y descubre la lancha fluctuan-

do sobre las olas. Esfuerza entónces el grito, llama á sus compañeros pensando que ellos la gobernaban, pero se esfuerza en vano. En tanto que estaban todos engolfados en el gusto de los juegos y de los combates, se habia levantado una brisa, que hallando el esquife flojamente encallado en la arena sin amarra alguna que lo asegurase, se lo habia llevado en la resaca. El navío con todas las velas tendidas, los marineros dormidos en la calma, y descuidada la

tripulacion, tambien iba siguiendo el impulso del viento, sin que nadie lo advirtiese, y sin que la obscuridad de la noche les permitiera ver el horizonte que dejaban.

De esta suerte andaban todos burlados, y Valdemaro proseguia en dar voces, para que se acercase la lancha que nunca perdia de vista. Los ecos que le respondian, imaginaba que eran voces de sus compañeros, y engañándose á sí mismo, caminaba por la costa conforme al rumbo que lleva-

ba la lancha impelida de las olas. Así pasó la noche en continua fatiga; pero cuando al amanecer advirtió el engaño, cuando vió la lancha sola sin persona alguna que la ocupase, cuando tendiendo la vista á lo largo del mar, no pudo descubrir el navío, cuando se vió solo en aquella solitaria costa, sin abrigo, sin Andrónico, sin su hermana, y sin recurso para buscarlos, ¡que veneno mortal no derramó la tristeza sobre su alma! Recuéstase sobre una roca, inclina la ca-

beza sobre el pecho, clava los ojos en el suelo, y deja caer los desfallecidos brazos. Levanta tal cual vez los ojos al cielo, suspira con frecuencia; pero no puede verter mas que alguna lágrima, esprimida con violencia. Quiere prorumpir en quejas, pero su terrible opresion no se lo permite. Inquieto y confuso, recorre la funesta historia de sus desventuras, y reflexionando sobre los documentos de Andrónico, dice: nací para ser desgraciado... pero no; nací para ser feliz.

¡ Que señal mas visible quiero de la providencia que me protege, cuando me hallo en una ocasion en que puedo egercitar mi fortaleza! Ayer que disfrutaba delicias con la compañía dulce de Andrónico y de mi hermana, adoraba la providencia: ¿por que no la he de adorar tambien hoy, cuando me veo en una situacion que no puede ofrecerme mas que horror y espanto? ¿No lo dispone todo una misma mano? ¿Acaso sé yo para que me reserva el cielo? El cielo, que despues de una

cansada serie de infortunios, me consoló con el hallazgo de Andrónico y de mi hermana, hoy me priva de este consuelo: ¿por que no puede volvérmelo mañana? ¿puedo penetrar sus designios?

Así hablaba, cuando le sorprende un ruidoso estrépito. Vuelve la vista, y ve cruzar un furioso jabalí, que acosado de los perros y de los cazadores, iba á guarecerse en lo intricado de un bosque, que se descubria no muy léjos. Como una saeta que disparada del oprimido ar-